

REER
Revista Electrónica de Educación Religiosa
Vol. 7, No. 2, Diciembre 2017, pp. 1-21
ISSN 0718-4336 Versión en línea

Misericordiae Vultus: ¿por qué ejercitar la misericordia al interior de un proceso educativo?*

Juan Pablo Faúndez**

Resumen

En este texto se expone el complejo y necesario ejercicio que implica incorporar criterios de misericordia al interior del proceso de enseñanza escolar y universitaria. Aunque esto parezca difícil, dada la naturaleza del camino formativo, que se fragua en el esfuerzo y en la superación, el autor propone para ello aplicar algunos criterios expuestos por el Papa Francisco en *Misericordiae vultus*, la Bula con la que el Pontífice convoca el Año Santo de Misericordia 2016. Con ello se explora una propuesta que desemboca en una mayor humanización del itinerario de enseñanza.

Palabras clave: educación, misericordia, humanización, enseñanza.

* *Lectio inauguralis* presentada con motivo del inicio del año académico 2016 de la Facultad de Filosofía y Educación de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, actualizada en el contexto de la visita apostólica de SS. Francisco a Chile, entre los días 15 a 18 de enero de 2018.

** Jefe de Programas Académicos de la Facultad Eclesiástica de Teología de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, Chile. Contacto: juan.faundez@pucv.cl.

Misericordiae Vultus: why to exercise the mercy to the interior of an educational process?

Juan Pablo Faúndez

Abstract

In this text there is exposed the complex and necessary exercise that implies incorporating criteria of mercy into the interior of the process of school and university education. Though this seems to be difficult, given the nature of the formative way, which blows up in the effort and in the overcoming, the author proposes for it to apply some criteria exposed by the Pope Francisco in *Misericordiae vultus*, the Bull with which the Pontiff calls the Holy Year of Mercy 2016. With it there is explored an offer that ends in a major humanization of the itinerary of education.

Keywords: education, mercy, humanization, teaching.

Misericordiae Vultus: ¿por qué ejercitar la misericordia al interior de un proceso educativo?

Juan Pablo Faúndez

1. Introducción

Movido por una clara y profunda motivación orientadora, el Papa Francisco convocó el año 2015 el Jubileo Extraordinario de la Misericordia; tiempo especial de júbilo para la Iglesia que tuviera como precedente el acaecido el año 1983, oportunidad en la que el Papa San Juan Pablo II conmemoró los 1950 años transcurridos desde la Redención. En aquella ocasión, el Santo Padre propuso la celebración de un Año Santo en el que se resaltó especialmente ese acto restaurador del que se ha beneficiado la humanidad entera, temática tan sensible en el Papa eslavo, cuya primera Carta Encíclica fuera, justamente, *Redemptor hominis* (El redentor del hombre), de 1979.

Mi tarea consistirá, en este artículo, en plantear cómo el mensaje contenido en la Bula *Misericordiae vultus*, por la que el Santo Padre convocaba el reciente Jubileo del año 2015, podría alcanzarnos e interpelarnos como instancia educativa, a partir de una profundización en torno al significado de la *misericordia*, desde el prisma de Francisco. Al igual que Juan Pablo II con el sello de la *redención*, el Papa argentino va delineando el axis de su pontificado en torno al ejercicio de la *misericordia*, palabra que para él engloba la expresión más excelsa del rostro del Padre (Francisco, 2016).

Al hilo de lo mencionado, propongo tres reflexiones con el objeto de describir la comprensión que podemos obtener, desde la reflexión del Papa,

para indagar en un deseable aterrizaje de la actitud misericorde que podría aplicarse en un proceso de enseñanza: ¿es posible pensar que tenga cabida la misericordia al interior de una institución educativa, instancia encargada de examinar, juzgar y evaluar? ¿Somos sensibles al hecho de que el genuino ejercicio de la misericordia nos permite llegar a explicitar las motivaciones más elevadas de humanidad que podemos extraer de nosotros y de los otros? Y si pudiéramos considerar que hay espacio para cultivar la misericordia en nuestro contexto educacional: ¿cómo hacer que ella se reconozca como un faro de ruta en nuestra labor en torno a la Academia?

Después de una reflexión en la que ahondaré en el significado de esta virtud fundamental, me haré cargo de las tres preguntas planteadas, para llegar finalmente a una conclusión que les propondré al hilo de esta reflexión.

2. Hacia una comprensión del término misericordia

Con la pluma directa y tajante que le hemos conocido a Francisco en los años que lleva de pontificado, el Papa es rápido para contextualizar en la Bula *Misericordiae Vultus* que es fácil que los seres humanos de nuestro tiempo podamos conducirnos en nuestras decisiones, y a veces también por ciertas condiciones sociales que empujan hacia situaciones miserables o que guardan un profundo sabor a pobreza, no en el sentido directo de ausencia de riqueza material, sino de carencia o de falta de una mínima percepción del tipo de realidad que somos, planteando un desdén por este tipo de reflexiones. Es decir, las motivaciones de nuestro tiempo no parecieran ayudarnos a ejercitar espontáneamente la misericordia y muchas veces incluso se olvida a qué apunta este término.

Cuando alguien es movido a poner lo más íntimo de su ser, su corazón, como diríamos desde una perspectiva coloquial, en una situación

de bajeza o miseria que, por algún hecho concreto, podemos reconocer en el otro, lo que estamos haciendo es ejercitar un acto de misericordia: de poner el “cor, cordis” (el corazón) en la “miseris” (la miseria o carencia) que experimenta otro para marcar de algún modo nuestra presencia y hacerle saber que no está solo: *miseris-cordis*. La misericordia, por tanto, implica, en primer lugar, un acto de valoración, apreciación o de reconocimiento de la dignidad de otro, que luego podrá orientar la ejercitación de nuestro “cordis” hasta llegar a generar el hábito de preocupación por el otro. Dado que una inclinación genuina hacia el otro implica desde ya el tiempo que sea necesario, equivale a detenerse en la atención a un prójimo concreto o a un grupo de ellos para, de algún modo, atender a su solicitud en un horizonte concreto de circunstancias. Desde ya una actitud de apertura y disposición que, probablemente, cuesta ejercitar cada vez más en nuestro ajeteo cotidiano, por ejemplo, en el contexto de nuestra labor educativa, en la que nos vemos, de algún modo, succionados por requerimientos pluriformes de carácter académico, institucional, administrativo, y de ahí a un largo etcétera.

La tradición hebrea, por su parte, entiende este acto de preocupación en relación a las demás personas de modo aún más íntimo y sensiblemente descriptivo cuando, dando cuenta del *rajamín*, de las entrañas que son las que se aprietan y duelen cuando percibimos un hecho que nos conmueve, son capaces de generar en el que sufre con otro los mismos sentimientos de aquel que padece, experimentando el *pathos* con ese otro que ha logrado conmoverme: de ahí *empatía* o *com-pasión* por el que necesita atención o pre-ocupación por parte de otro que se espera que ocupe su atención en el que lo necesita.

El Papa es consciente de que, pese a que podría tratarse de una actitud que no brota espontáneamente en diversos contextos –y, digo yo, queriendo muchas veces acallarse definitivamente bajo pretensiones de

mera eficiencia, en nuestros ámbitos educativos– las inclinaciones humanas más determinantes se orientan desde este sentir radical, puesto que junto con tener presente los diversos momentos en los que él mismo ha reconocido las entrañas de un Dios que se ha detenido en la miseria del otro, de sí mismo como obispo de Buenos Aires, ha sido testigo de esa inclinación hacia su persona, viendo plasmado ese acto de asistencia en su misma elección como pontífice. De ahí que el lema que eligiera para desempeñar esta función está tomado de la actitud que tuvo Jesús cuando mirando a Mateo, un hebreo que ejercía como recaudador de impuestos para Roma, *miser-able* enemigo de su propio pueblo, tiene misericordia de él y lo elige: de este modo, *Miserando atque eligendo*, reza el lema que adoptase el Papa: “viéndolo con misericordia lo eligió” (Mt 9,9). Y remarcando aún más este hecho, no por casualidad es que haya asumido el nombre del *poverello* de Asís, Francisco, un hombre que siendo profundamente conocedor de su íntima y débil realidad humana, fuera tan necesitado de la misericordia divina (Díaz, 2008). Por ello, esta sensibilidad por la atención misericorde que ha motivado al Papa a declarar este Jubileo no es un arrebato superficial, sino una realidad que lo interpela y en la que se siente inmerso permanentemente. De ahí la radicalidad con la que se refiere a la misericordia, en los números 9, 10 y 11 de la Bula (Francisco, 2015), su núcleo estructural, mencionándola ni más ni menos que como: *palabra clave, viga maestra y corazón palpitante del Evangelio*.

Pero esto tiene una razón de mayor trasfondo, ya que cuando Francisco invoca la necesidad de reconocer la misericordia como criterio que expresa de modo certero un rasgo central de la manifestación divina, no hace más que apuntar a la esencia misma de Dios, a lo que hace que Dios sea lo que es. Justamente, el binomio del Antiguo Testamento que el mismo Papa resalta como los rasgos más distintivos de Yahveh entre muchos otros atributos, son los de reconocer que se trata de un Dios

“Paciente y Misericordioso”, cuyo ejercicio de la “misericordia es eterna” y no condicionada a circunstancias, como canta el Salmo 136. Por ello, siguiendo la misma perspectiva del Primer testamento, la revelación neotestamentaria presenta la figura del Padre que mira con especial ternura a ese hijo pródigo que vuelve a casa después de malgastar autónomamente su parte de la heredad, siendo acogido por un Padre-Dios que sabe *poner su entrañable corazón* en aquel hijo cuyo espíritu ya no será el mismo, puesto que ha experimentado lo que significa la consecuencia del abandono de la casa que lo resguardaba y lo que implica haber experimentado la miseria desde la cual se acerca a su Padre para pedir *miseri-cordia*. Mientras hay más conocimiento de la miseria que otro ha podido experimentar, el que percibe con sensibilidad este alejamiento se vuelca con mayor profundidad sobre quien padece aquel espíritu que no finge la con-dolencia, sino que asume aquel dolor “con-otro” como un llamado a realizar un acto concreto de caridad. He ahí la radicalidad que expresa la misericordia auténtica, que está lejos de tratarse de una huera reacción sensible, ya que quien verdaderamente la experimenta se hace uno con el doliente o con quien manifiesta su desazón ante cualquier sufrimiento que le embarga. Por ello, el genuino sentir del que se compadece por el otro, mueve una y otra vez como una fuente que no puede dejar de brotar. De ahí que el propio Jesús motiva a que el ejercicio genuino y no impostado de la misericordia no ha de tener previsto el tiempo de aguante o de desgaste, ya que si realmente se trata de una inclinación que está motivada por la experiencia de lo que también Otro y otros han realizado por mí, yo no puedo dejar de responder del mismo modo. Por ello la motivación del Evangelio, por la que el propio Cristo recuerda a sus discípulos: “No te digo que debes perdonar hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete”, como expresa Mateo 18 (Mt 18, 22). En resumen: este poner el corazón en la miseria del otro, si ha sido asumido realmente como una gracia que me ha afectado en lo más íntimo

del ser, no puede sino proyectarse en un mismo ejercicio de presencia, cercanía y acción para con otros.

3. ¿Cómo ejercitar la misericordia al interior de un proceso de enseñanza?

Es un dato de la causa que los ámbitos de competencia de las actividades formativas se orientan hacia la excelencia. Una escuela o universidad se traicionaría a sí misma si persiguiera otro fin que no consistiera en adentrarse en el desarrollo de las virtudes intelectuales o dianoéticas, que ya Aristóteles describiera como los hábitos operativos racionales que encaminan hacia la felicidad contemplativa: sabiduría, inteligencia, ciencia, arte, y la ético-dianoética prudencia (Aristóteles, 2000). Virtudes que, a diferencia de las éticas, que se persiguen en su justo medio, se han de buscar en su grado máximo: es decir, ningún académico o alumno aspiraría a ser medianamente sabio, por ejemplo. Ya de entrada, esa natural aspiración hacia el perfeccionamiento intelectual significa un desafío y hasta un problema para el cultivo de la misericordia, que justamente tiende, como hemos dicho, hacia la miseria del otro, al acompañar *abajándose*. Máxime cuando nos movemos en un horizonte de competitividad institucional que, por la necesidad que impone el medio, se mide en función de proyectos, publicaciones, evaluaciones académicas y una serie de mecanismos que más que hacia el lado o hacia abajo nos inclinan a mirar hacia arriba. Qué complejo se torna entonces enfocar desde la perspectiva de la misericordia la médula de nuestro quehacer como académicos, que cada vez es más apremiante. No pensemos que lejos están los estudiantes, como actores directos del diálogo formativo, quienes compiten en parámetros propios de su itinerario formativo, hacia la obtención de becas, premios y otras motivaciones aspiracionales que legítimamente puedan perseguir. En definitiva, no pareciera que la

actividad más propia al interior de una institución de enseñanza pudiera pensarse como campo para el cultivo de la misericordia.

Junto con ello, uno de los principales y más delicados procesos académicos dice relación con examinar, juzgar y valorar para dar lo suyo a quien corresponde. Ponderar conocimientos para sancionarlos. Por ello, en el baremo que nos lleva a concluir cualquier proceso de evaluación debe estar tan presente la justicia, hábito operativo que cuando se ha aplicado notoriamente mal en la validación que hemos hecho de un examen, hace saltar al alumno afectado: “¡Explíqueme por qué profesor!”. O cuando, por diversos motivos, no reconocemos la tarea de un colega o el desempeño de un administrativo, se suscita una espontánea reacción reivindicatoria: “¡Dígame qué esperaba que hiciera!”. Si ya muchas veces el ejercicio de la justicia, que como virtud total está presente en todos los actos de ponderación, se hace complejo para asignar lo que efectivamente corresponde a cada cual, distribuyendo equitativamente, qué difícil es ponerse en una perspectiva misericorde que nos mueve a ir más allá de esa justa medida, sin caer al mismo tiempo en la mediocridad.

Por ello, la aplicación de la misericordia no debiera considerarse como un mínimo, que es el que sí podríamos requerir en el caso de la justicia, sino como un máximo ético que debe saber cultivarse y aplicarse cuando corresponda para que, sin herir el mínimo de justicia, conduzca esa relación personal en concreto más allá de lo que mínimamente se espera. La misericordia, en este sentido, es un plus, un acto humano superabundante que se despliega desde la justicia y que perfecciona aún más allá la relación humana que se entabla entre dos o más personas. De ahí que Francisco señale que la justicia y la misericordia no son dos virtudes contrarias:

La misericordia no es contraria a la justicia... Si Dios se detuviera en la justicia dejaría de ser Dios, sería como todos los hombres (y mujeres) que invocan respeto por la ley. La justicia por sí misma no basta, y la experiencia enseña que al apelar solamente a ella se corre el riesgo de

destruirla. Por esto Dios va más allá de la justicia con la misericordia y el perdón. Esto no significa restarle valor a la justicia o hacerla superflua, al contrario... Dios no rechaza la justicia. Él la engloba y la supera en un evento superior donde se experimenta el amor que está en la base de una verdadera justicia" (Francisco, 2015, n. 21).

Por ello, la tarea de examinar en justicia, en procesos de evaluación o de deliberación en torno a temas que se requieren sancionar estableciendo qué corresponde, debieran estar dirigidos hacia la explicitación de lo que significa decir y vivir la verdad que está contenida a partir de una justa atribución. Ahí, en el enfrentamiento a la verdad —aspiración plenamente universitaria, como lo recordara Juan Pablo II en la Constitución sobre las Universidades Católicas, *Ex Corde Ecclesiae*, número 16— ya está presente el germen de la misericordia, en la medida que se ilumina el porqué de una ajustada explicación que orienta *enseñando* y *aconsejando* hacia el fin que se persigue (Juan Pablo II, 1990), como veremos más adelante.

La auténtica misericordia, por tanto, en el sentido como interpretamos la propuesta del Papa, no puede prescindir de la verdadera justicia, por lo que si queremos aplicar en nuestro contexto de formación esta motivación que ha sugerido Francisco, hemos de reconocer un sustrato inicial desde el que debemos profundizar en el reconocimiento de lo que en justicia es, para, desde allí, avanzar hacia una verdadera acción de misericordia. O no es fácil reconocer en un alumno o quizás en un colega o compañero de trabajo alguien que, más allá de moverse en la contraprestación justa y recíproca, que va de la pregunta a la respuesta, puede estar en alguna situación limítrofe o de real angustia. De ahí surge el llamado del Papa, que ya preanunciaba en *Evangelii gaudium*, número 24, al referirse a la importancia de salir a las "periferias existenciales" hasta impregnarse de la significativa figura del "olor a oveja" (Francisco, 2013), que dice relación con el efectivo contacto que nos involucra y nos hace quedarnos con los otros y traernos el olor de los otros con nosotros, como

ocurre con el perfume. Por ello decía en el número 268 de esta misma Exhortación apostólica, que la actitud de apertura es *pasión* por el que lo necesita, a lo que ahora podríamos agregar: *com-pasión* por el mismo, es decir, profundo acompañamiento.

Muchas veces podemos reconocer estas situaciones al interior de nuestras instituciones, ya que es también aquí donde “podremos realizar la experiencia de abrir el corazón a cuantos viven en las más contradictorias periferias existenciales, que con frecuencia el mundo moderno dramáticamente crea” (Francisco, 2015), como expresa en el número 15 de *Misericordiae vultus*. ¿Cuantos, entre quienes transitamos por los pasillos de nuestros establecimientos —profesores, alumnos o funcionarios—, no están o podemos estar viviendo efectivas periferias existenciales que nos mantienen inquietos ante enfermedades complejas, angustiados por la pérdida de trabajo que sufre un pariente, o temerosos ante un sinnúmero de experiencias de futuro que se visten de amenaza? Si abrimos bien los ojos del corazón, probablemente encontraríamos entre nosotros muchos compañeros, hermanos, amigos o amigas que viven algún tipo de necesidad, por lo que el ejercicio efectivo de la misericordia se torna casi un imperativo que necesitamos cultivar, ya sólo desde la perspectiva natural y humana.

4. El genuino ejercicio de la misericordia en los procesos de aprendizaje: una estrategia motivacional

Quienes formamos parte de una comunidad académica, no somos cónyuges, padres, madres o hijos, por un lado, y académicos, alumnos o funcionarios por otro, aun cuando debamos tener presente que los contextos en los que actuamos son diversos. No obstante, si aspiramos a vivir con un mínimo de coherencia existencial, los hábitos operativos que

van articulando nuestra toma de decisiones y nuestro desenvolvimiento cotidiano debieran expresar una cierta unidad en cuanto a los criterios y la coherencia que orienta el sentido hacia donde nos queremos dirigir. De este modo, hay un trasfondo vital que está sostenido por un modo de ser que se va tejiendo a partir de conductas que vamos asimilando de forma práctica y en las que se va expresando un cierto talante o modo de ser que es con el que se va delineando nuestro yo. La *misericordia*, en este sentido, que inicialmente podemos percibir como el aprecio cordial que nos hace interpretar un estado o situación que se percibe porque nos afecta, nos puede encaminar a articular una ética que suscite en nosotros un hábito operativo decidido y permanente, estable en el tiempo (Cortina, 2007). Por tanto, no sería sincera una actitud que quisiera mostrar en contextos privados familiares, o entre nuestros amigos, una natural inclinación por los otros o, decididamente, por practicar la misericordia, mientras que la imagen con la que nos reconocen en la Universidad sea la de inmisericordes que pasamos por alto sin poner nuestro corazón en las miserias o sufrimientos de los otros. Aquí, en estos espacios académicos, podría pensar alguien, pareciera que hubiera que guardar ciertas formas o resguardos preventivos. Pero es entonces donde, sabiendo que estamos en un ámbito en el que aspiramos conseguir un crecimiento integral, se hace preciso que comience a actuar la creatividad del bien, ya que sin mancillar nuestros cargos, responsabilidades o situaciones, la ocurrencia para ser ejecutores de la misericordia tiene que ver con una sensibilidad que podemos ir desarrollando y que pasa por una disposición por estar atentos y sensibles a los gestos y señales del otro (San Miguel, 2015). Es otra forma de explicitar la verdad, la *aletehia*, de desocultar las motivaciones que nos pueden transformar al interior de la universidad o la escuela en gestores o conductores de la misericordia.

En este sentido, las formas como podemos ser agentes de misericordia son innumerables, y no se agotan en aparentes prácticas pueriles. Traigo a colación un ejemplo de explicitación silenciosa de la misericordia que es elocuente por los signos más que por las palabras. En estos días está recorriendo el mundo una exposición que, esperamos, llegue también a Chile y que se titula “Gaudí y la Misericordia”. Consiste en una muestra fotográfica que explicita la relación que el arquitecto catalán pudo implicar en su obra entre la belleza y la misericordia. Sin emitir palabras o gestos de asistencia caritativa explícita, como acostumbramos identificar esta actitud, el trabajo del artista ha sido intencionado por él mismo buscando que a través de la estética y la experiencia espacial, quien tome contacto con una obra de su calado sea tocado por la atención que se percibe en relación a sí mismo. Es decir, vivir, podríamos apuntar, una experiencia estética de la misericordia dirigida desde el espíritu del autor, quien tiene la pretensión de plasmar su preocupación en la objetivación de su espíritu que se implica en la creación arquitectónica, en perspectiva universal y plural, para que este acto sea reconocible por el espectador que percibe que la obra ha sido pensada y producida para él como un regalo. Esto al punto de que el propio Papa Francisco ha reconocido en la obra de Gaudí con intensidad signos de la presencia de Dios, permaneciendo en un estado alerta para apreciar lo esencial. Por ello Gaudí es un ejemplo de vida y obra que vivió la misericordia, pudiendo reconocer, contemplar y servir a sus semejantes, como expresa en la presentación.

Es ya a través del ejercicio de la propia disciplina que podemos dejar traslucir, de forma explícita, como Gaudí, o implícita en nuestra interrelación con los alumnos, por ejemplo, luces de misericordia. Ello se ve expresado en la Bula en el recordatorio de las obras de misericordia espirituales que trae a colación el Papa Francisco. Sugiero detenernos en tres que podemos considerar especialmente en nuestra tarea académica,

como prácticas concretas que nos encaminan a ser efectivos agentes de misericordia, a saber: *aconsejar* al que lo necesita, *enseñar* al que no sabe, *corregir* al que yerra. Es decir, y pongamos atención en los matices, para distinguir que la tarea académica *per se* no necesariamente explicita el ejercicio de la misericordia si no la intencionamos debidamente: una cosa es imponer nuestros criterios como poseedores de un determinado saber, y otra *aconsejar* para hacer recapacitar y replantear un problema. Una cosa es demostrar autorreferencialmente nuestros conocimientos, y otra disponerse realmente a salir de sí para *enseñar* al que no sabe. Una cosa denostar al que yerra, y otra reexplicar creativamente *corrigiendo* los desaciertos, en vistas a que ese alumno, mi colega o un funcionario, alcance la comprensión frente a determinada materia.

Obviamente que estas actitudes requieren la preocupación y la entrega que, como decíamos en un comienzo, muchas veces pueden pasar por alto dada la alta demanda de funciones que se debe cumplir. Pero, aunque tuviésemos tiempo de sobra para emplearlo en una “enseñanza misericordiosa”, la inclinación frecuente del ser humano pasa por no hacerse cargo de atender gratuitamente al que lo requiere. De ahí que, en el fondo, la misericordia sea una actitud que, en definitiva, se despliega cuando se ha experimentado algún tipo de don, de gracia que mueve a ir desinteresadamente tras el carenciado. Si no hay experiencia de gratuidad en nuestra existencia, probablemente será difícil actuar más allá de la justicia. Por ello quien actúa misericordiosamente actúa movido por un ánimo que eleva, precisamente, más allá de lo que se espera o se puede exigir que hagamos. Lo interesante es que esta gracia que nos proyecta hacia un máximo de realización se nos quiere regalar, por lo que no se trata de una experiencia privativa. No es un premio al que pueden aspirar un grupo de selectos o de pechoños al interior de la Iglesia. He ahí la clave de vivir un tiempo de gracia y de perdón que nos invita a ver sus efectos

también en nuestro ambiente universitario, lo que “es posible por medio del misterio pascual y de la mediación de la Iglesia”, como expresa el número 22 de la Bula (Francisco, 2015).

¿Qué quiere decir esto? Veamos. El misterio pascual es precisamente fruto de la misericordia. Esto porque el *Pésaj*, el paso de Dios consiste en una acción concreta por la que él mismo ha querido abajarse poniendo su propio corazón en contacto global y personal con nuestra miseria y nuestro despiste, y eso lo ha hecho no de modo simbólico, sino de la manera más radical: encarnándose como uno de tantos y siendo conducido al matadero, en palabras de Pablo (Epístola a los Filipenses 2, 1-11). Esta vez, el Hijo de la misma naturaleza del Padre, no el príncipe de la parábola del comienzo, aceptó subirse al patíbulo de su tiempo para ser escupido y tratado como un maldito que cuelga del madero! Y el Padre tuvo a bien aceptar aquel sacrificio como reparación por nuestras rebeldías concretas, para restituirnos, y darle, al que cree y acepta en su vida este poder redentor, una nueva naturaleza, celeste. Este Hijo, por tanto, no se ha quedado en la muerte, como tampoco ninguno de nosotros que decida asociarse a este acto pascual, sino que la acción resucitadora tiene la capacidad de transformar nuestras autorreferenciales obras de muerte para pasar a una actitud de vida verdadera, de generosa misericordia. De este modo, el mayor acto de injusticia de todos los tiempos, por el que se le ha dado muerte de criminal al inocente de los inocentes, ha significado el mayor acto de misericordia con la humanidad entera, lo que ha suscitado un fruto que perdona, que eleva y tonifica al que lo acepta: Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen (Lc 23, 34).

Y ese acto de reparación misericorde no se ha realizado para ser simplemente contemplado en una imagen, o para hacer memoria de él cada año, ni mucho menos para restregarnos en la cara nuestra culpabilidad y responsabilidad frente al hecho, sino para ser actualizado gratuitamente en

el mismo Cuerpo de Cristo, muerto y resucitado, que se hace visible en este tiempo mediante la Iglesia. He ahí, a mi modo de ver, cómo podemos apreciar el contenido de la frase de Francisco, quien expresa que la misericordia es posible “por medio del misterio pascual y la mediación de la Iglesia”. Por ello, la responsabilidad que tenemos como instituciones de enseñanza católica, con una función específica al interior de la Iglesia, es la de explicitar este misterio de modo urgente: *¡Charitas Christi urget nos!*: “El amor de Cristo nos apremia al pensar que si uno murió por todos, todos murieron. Y murió por todos para que los que viven no vivan más para sí sino para aquel que murió y resucitó por ellos”, como exclama San Pablo en la Segunda Epístola a los Corintios, capítulo 15. Es decir, para hacer que se manifieste visiblemente la misericordia en medio de nuestra labor diaria, es necesario aceptar y asumir gratuitamente en nuestra vida este *kerigma*, esta Buena noticia que es el centro del misterio de Pascua, como ya lo decía Francisco en *Evangelii gaudium*:

El primer anuncio o «*kerigma*» debe ocupar el centro de nuestra actividad evangelizadora y de todo intento de renovación eclesial (también al interior de las instancias educativas)... Nada hay más sólido, más profundo, más seguro, más denso y más *sabio* que este anuncio... Es el anuncio que responde al anhelo de infinito que hay en todo corazón humano (Francisco, 2015, n. 165).

Por ello, dentro de la misma semana de la Octava de Pascua, San Juan Pablo II instituyó el Domingo de la Misericordia, como haciendo ver que el fruto pascual es en sí mismo la misericordia. Y esa misericordia, al ser entendida desde la dinámica pascual, del paso o del movimiento, tiene la virtualidad de hacernos salir de nosotros mismos para ofrecer al que lo necesita un encuentro con el fruto de la misericordia: la paz. Esta paz hoy puede tener muchas formas de manifestarse. He ahí que nos impulsa Francisco en el número 12 de la Bula, para encontrar, por ejemplo, en los ambientes de formación, una instancia de pacífica misericordia: “En

nuestras parroquias, en las comunidades, en las asociaciones y movimientos, en fin, dondequiera que haya cristianos (gran parte de nosotros lo somos), cualquiera debiera encontrar un oasis de misericordia” (Francisco, 2015).

Por ello la acogida de la paz que nos trae la muerte y resurrección de Jesucristo nos hace crecer como humanidad redimida y levantada, al identificar su paso en medio de nuestra ignorancia como uno que no puede ser respondido en justicia por parte nuestra, sino sólo aceptando la misericordia que viene de parte suya y que nos lanza hacia máximos de realización como puro don y gracia.

5. ¿Cómo hacer que la misericordia sea un faro de ruta en nuestra labor educativa?

Los efectos de la misericordia en las personas, más que externamente en las estructuras —tarea de las leyes— apuntan a una definitiva y permanente transformación de lo más íntimo de cada ser humano, siendo ésta la tarea más propia del maestro que siente la responsabilidad de encaminar al discípulo desde la platónica oscuridad de la ignorancia hacia la luz del saber (Platón, 1986). Es decir, actuar con misericordia dice relación con *liberar* del soterramiento y de una sensación de frustración que muchas veces ha sido determinada en las fases de formación escolar o universitaria, y que, en un número no menor de situaciones, termina condicionando actitudes y orientando modos de ser que, para bien o para mal, perfilarán diseños personales y familiares que se instalarán para siempre.

Esa tarea liberadora es un desafío para nuestra labor educativa que, dada la sensibilidad con la que se perciba un hecho, muchas veces implicará el descendimiento misericordioso hacia el estado que experimenta otro. No por casualidad, en nuestros grandes maestros

formadores hemos percibido la sutileza y el tacto que, junto con abrirnos a las alturas del conocimiento, los ha hecho a ellos mismos descender primero, incluso por debajo de nosotros mismos, como verdaderos servidores de humanidad, para darnos las claves que nos permitirán levantarnos. Por ello recordamos en la liturgia del Jueves Santo la figura del Maestro de Nazareth lavando los pies de sus discípulos, preguntando al concluir si entendían lo que había hecho. Si el Maestro se ha abajado con misericordia a lavar los pies de los discípulos, sin perder autoridad, qué desafío nos pone:

Cuando les hubo lavado los pies, tomando sus vestidos y poniéndose de nuevo a la mesa con ellos, les dijo: ¿Entendéis lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamáis Maestro y Señor, y decís bien, porque de verdad lo soy. Si yo, pues, os he lavado los pies, siendo vuestro Señor y Maestro, también habéis de lavaros los pies unos a otros. Porque yo os he dado ejemplo, para que vosotros hagáis también como yo he hecho (Jn 13, 12-14).

Cuando se percibe la responsabilidad que tenemos en los ambientes de aprendizaje debiéramos notar que nuestra tarea como educadores es, precisamente, la de calibrar nuestra postura para, sin dejar la autoridad que ordena los procesos de autoría en la formación de otros, poder ajustarnos y adoptar el tamaño que mejor se adapte para encaminar y conducir al necesitado de conocimiento hasta que encuentre el sentido de su búsqueda. En ello reside, creo yo, la genuina tarea del maestro que se identifica con una real vocación de servicio.

Por ello, la actitud misericordiosa debiera impeler en nosotros ciertas coordenadas de ruta que, sin descuidar lo que en justicia debemos atribuir, nos muevan a mantenernos siempre despiertos en la medida que nos adentramos en la navegación de los procesos formativos y de convivencia al interior de nuestras instancias de ejercicio pedagógico. Allí descubriremos muchas veces que la misericordia ilumina el encuentro y

abre las puertas para una mejor disposición. El amor de los unos por los otros surge normalmente cuando nos abajamos a nosotros mismos dejando nuestros falsos deseos de pretensión, para ponernos al alcance de todos. Como ya me decía hace algunos años un entrañable maestro de vida: de verdad te querrán cuando vean tu pobreza.

6. Conclusión

Hemos intentado explicitar, profundizando en la propuesta de la Bula *Misericordiae vultus*, que ejercitar la misericordia al interior de una institución educativa cualquiera, no sólo de una universidad católica, es una motivación desafiante que debiera inspirar a toda corporación que se dedica al estudio de la verdad, desde sus poliédricas perspectivas, como le gusta mencionar al Papa Francisco. No versa la misericordia, en estos contextos, acerca de la mediocridad que implicaría un “ciego” acoger a todos sin aplicar matices y criterios constructivos de sana distinción, sino de una inteligencia que ha de esforzarse por hacerse cargo, con especial atención, de un esfuerzo educativo orientado a una verdadera humanización del proceso de enseñanza: *aconsejando* al que lo necesita, *enseñando* al que no sabe y *corrigiendo* al que yerra. Misericordia al enseñar, en este sentido, es equivalente a fraguar en conciencia la detención del maestro para sellar de verdad, en todos sus sentidos, el personal proceso formativo.

Tratándose, en las instituciones de enseñanza, de llevar adelante itinerarios de aprendizaje que conduzcan a la excelencia, es justamente la coimplicancia de los elementos que hemos explicitado en las preguntas que han dado forma a la estructura de este artículo una vía posible para ejercer la misericordia sin caer en contradicciones con la tarea docente. La práctica de la misericordia en la educación exige, por ello, desplegar lo mejor de

ejercicio académico con el objeto de abajarse sin perder de vista la justicia. Aplicar inteligentemente la misericordia en la tarea de enseñanza consistirá, entonces, en un verdadero desafío para quien la ejerce y una urgencia para nuestro tiempo.

“La Iglesia siente la urgencia de anunciar la misericordia de Dios. Su vida es auténtica y creíble cuando con convicción hace de la misericordia su anuncio. Ella sabe que la primera tarea, sobre todo en un momento como el nuestro, lleno de grandes esperanzas y fuertes contradicciones, es la de introducir a todos en el misterio de la misericordia de Dios, contemplando el rostro de Cristo. La Iglesia está llamada a ser el primer testigo veraz de la misericordia, profesándola y viviéndola como el centro de la revelación de Jesucristo. Desde el corazón de la Trinidad, desde la intimidad más profunda del misterio de Dios, brota y corre sin parar el gran río de la misericordia. Esta fuente nunca podrá agotarse, sin importar cuántos sean los que a ella se acerquen. Cada vez que alguien tenga necesidad podrá venir a ella, porque la misericordia de Dios no tiene fin” (Francisco, 2015).

Referencias bibliográficas:

Aristóteles (2000). *Ética Nicomáquea*. Madrid: Gredos.

Cortina, A. (2007). *Ética de la razón cordial*. Oviedo: Nobel.

Díaz, C. (2008). *El camino espiritual de Francisco de Asís*. Madrid: San Pablo.

Francisco (2013). *Evangelii gaudium*. Ciudad del Vaticano: Editrice Vaticana.

Francisco (2015). *Misericordiae vultus*. Ciudad del Vaticano: Editrice Vaticana.

Francisco (2016). *El nombre de Dios es misericordia*. Barcelona: Planeta.

Juan Pablo II (1990). *Ex Corde Ecclesiae*. Ciudad del Vaticano: Editrice Vaticana.

Platón (1986). *Diálogos IV (República)*. Madrid: Gredos.

San Miguel, E. (2015). *La impaciencia del bien*. Madrid: Dykinson.